



Buenos Aires, febrero de 2018

## **Circular N° 578**

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti.

\*\*\*

***“La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto.”***

**(Lucas 8:14)**

En este día el Apóstol nos habla de la madurez en Cristo y nos exhorta a que traigamos frutos maduros. Porque a veces, como decía un Obispo, hay frutos que no se pueden comer porque todavía no alcanzaron el nivel de maduración. Pero aquí no se trata de una fruta material sino de frutos espirituales. Proviene del don del Espíritu Santo y son esos frutos los que tenemos que hacer madurar en nuestro corazón.

Los podemos hacer madurar, en tanto y en cuanto queden aferrados a la “planta”: a la palabra, a la verdad. Hemos oído muchas veces que sin fe es imposible agradar a Dios y que la fe viene por el oír de la palabra. Cuando conocimos la Iglesia (muchos han nacido dentro de la Iglesia, otros hemos venido de grandes), lo que nos han dicho desde el principio era que teníamos que venir a la iglesia. Entonces cuando quizás lo comentábamos con alguien que no era apostólico, nos decía: “Pero entonces ustedes tienen que ir”, como si fuera una obligación impuesta en la condición misma ser un asistente regular de los Servicios Divinos. Pero entonces nos enseñaban, que no “teníamos que” venir sino que “queríamos venir”. Esa necesidad tiene que ver con el encuentro con la palabra.

Vivimos un poquito apurados. A veces, por las cosas que queremos alcanzar, a veces por las cosas que no queremos perder. Nos dice el Apóstol que no nos dejemos abrumar por las preocupaciones diarias. Y tienen muchos orígenes. A veces uno en la vida se plantea: voy a hacer dinero, todo lo que pueda; después voy a estudiar, o después voy a formar una familia. Muchas veces uno se planea la vida de cierta manera, dándole prioridad a algunas cosas. Y cuando uno le da prioridad a algunas cosas, obviamente hay otras que se postergan o dejan de ser. Entonces a veces esas preocupaciones tienen que ver con nuestro proyecto de vida, porque queremos alcanzar cosas más rápido de lo que podemos o porque no queremos perder aquellas cosas que hemos alcanzado. Otras veces las preocupaciones diarias tienen que ver con la salud, con la de uno o con la de los seres que amamos. Pero el Apóstol decía que nos cuidemos de los afanes, de las riquezas, de los placeres; del tiempo que nos ocupan estas cosas. Es como si viniéramos a la casa de Dios y somos cristianos nuevoapostólicos, pero resulta que en un placard en casa guardamos alguna imagen y entonces cuando nos “aprieta un poco el zapato”, abrimos las puertas de ese ropero y nos arrodillamos ahí, dedicamos alguna ofrenda y le pedimos que nos dé, que nos haga cosas. Esto es algo que parece muy en el límite, que seguramente no sucede en el círculo de los hijos de Dios. Pero... a veces, sin que nos demos cuenta, vamos construyendo otros dioses dentro de nosotros. Y esos dioses nos piden tiempo, nos piden esfuerzo, nos piden dedicación y no prometen nada que pueda ir más allá de nuestra vida.

Entonces tenemos que concentrarnos también en qué es nuestra vida. Y en qué creemos que consiste nuestra vida. Si creemos que es nuestra vida material, que tiene un tiempo y una condición. O si creemos que tenemos una vida espiritual, que está vinculada con el



alma, que no tiene fin y que tiene una promesa: que el Señor está preparando un lugar para que donde Él está, nuestra alma también esté.

Cada uno tiene límites de cosas que está dispuesto a hacer o cosas que no está dispuesto a hacer; dependiendo de las circunstancias, cosas que no está dispuesto a hacer bajo ninguna circunstancia o que, depende, tal vez sí. Son como límites que estamos dispuestos a trasponer o no, en función de algunas otras variables.

Esos límites ya existieron desde el principio. Dios colocó límites también en la creación. Le dijo al hombre que era un poco más pequeño que Él y lo puso para administrar la creación, para que le pusiera nombre a las cosas. Pero también le puso un límite: que podía comer del fruto de todos los árboles salvo de uno. Un límite. ¿Y qué hizo el hombre? No pensemos en lo desacertado que estuvo Adán. Porque Adán y Eva somos nosotros.

Muchas veces recibimos una palabra donde nos dicen que esto lo podemos hacer, que esto no lo podemos hacer, que esto sí y esto no, pero que aquello no lo toquemos. ¿Y nosotros qué vamos a hacer? Vamos a tocar aquello que nos dijeron que no teníamos que tocar.

Recuerdo que una vez habíamos alquilado en un lugar un departamento para estar unos días, una noche de paso, durante un viaje. Y por las características del lugar nos alquilamos un departamento que estaba deshabitado; se podía entrar a la cocina, al dormitorio y al baño, pero había otras habitaciones que estaban cerradas. Y había muebles en el comedor que estaban ocupados. No nos dijeron que podíamos abrir los cajones de los muebles, ni que podíamos ver qué había adentro de los roperos. Uno tiene la inclinación y le vienen ganas, ¿o no? Pero uno no renta un lugar para eso sino para descansar. Entonces también hay un límite. Tal vez no nos vamos a llevar nada, solamente ver qué tiene.

En nuestra vida espiritual a veces pasa lo mismo. Hay un montón de cosas que podemos hacer, que Dios ve con agrado que hagamos; son un marco grande de posibilidades. Pero hay otras que no. Y creo que un buen secreto para triunfar en lo que nos toca a cada uno de nosotros es saber qué cosas “no”. Por dónde no tenemos que andar. Por dónde Dios no espera que andemos.

Dice el Apóstol Mayor que a veces le damos demasiada importancia a estas cuestiones materiales, a los afanes y riquezas, pero a veces también le damos demasiada importancia a aquellas cosas que necesitamos. Hay un punto que yo quisiera que cada uno de nosotros pueda reconocer: es la confianza y qué cosa es primero en nuestra vida.

En otra palabra el Apóstol Mayor decía que Dios bendice lo que queda. ¿Lo que queda después de qué? Porque cuando uno dice “lo que queda”, quiere decir que se sacó algo. Lo que queda es algo a lo cual le fue extraída una parte. Se trata de lo que queda después de haberle dado lo primero a Dios. Y esto pasa en el interno del corazón, pasa en la intimidad de cada uno. Porque todos tenemos un tiempo. Si escribiéramos en un papel las cosas que hacemos en un día o en una semana mejor, porque todos los días son distintos, podríamos decir: duermo tantas horas por semana, viajo tantas horas, trabajo tantas horas, como durante tanto tiempo, voy a la Iglesia, eso me insume tanto tiempo. Ahora, si hiciéramos otra lista, primero anotáramos las cosas y luego les pusiéramos un orden: entonces primero voy al trabajo, que me lleva tantas horas por día y a la semana es tanto, comer, hacer las compras me lleva tanto, etc, puedo llevarme la sorpresa de que no me alcanzan las horas. Porque me queda ver cuántas horas le dedico a Dios, cuántas horas le dedico a mi alma y no me quedó nada. No me dan “las cuentas”. También pasa esto con lo que ganamos, con lo que el amado Dios permite que administremos. Entonces, si dejamos lo que es de Dios al final, seguramente lo vamos a usar como un “colchón”: si me sobra tiempo voy, “Dios sabe”. Pero dice aquí que Dios bendice lo que queda. Entonces, el secreto es primero el tiempo que es para Dios y no se negocia. Por tanto, si hiciéramos de vuelta la cuenta, poniendo el primer tiempo para Dios, resulta que entonces a veces me falta tiempo para estar en casa,



me va a faltar tiempo para dormir, para comer, para viajar, etc, porque si hay una característica que tiene el tiempo es que parece que no alcanza. Pero Dios dice que bendice lo que queda. También entonces cuando hacemos las cuentas con la ofrenda material, depende qué cosa ponemos antes. Dios bendice lo que queda.

Si ponemos a Dios como primero y no nos dan las cuentas, tenemos que tener mucha confianza y mucha fe para creer en esa palabra y ver la maravilla de que Dios después se encarga de que alcance. Pero hay un punto en que perdemos el control de las cosas, porque inicialmente había hecho una cuenta que no me daba, porque primero le doy a Dios y después no me alcanza para lo demás. Y me puedo sentir incómodo, un poco molesto pero es ahí cuando tengo que colocar la fe y la convicción de saber que Dios bendice lo que queda. Entonces seguramente no nos vamos a dejar atrapar por los afanes ni las riquezas, ni las cosas que perseguimos, por querer más o por necesidad. Porque Dios sabe lo que necesitamos. Es bueno que se lo digamos. Pero Él sabe perfectamente qué es lo que necesitamos.

Para dar frutos maduros es necesario entonces que nos tomemos tiempo. Para mirarnos al espejo, mirar sobre nuestra propia vida, para conocernos a nosotros mismos, para tomar de la palabra y asociarla a las cosas que nos pasan. Lo que escuchamos en cada Servicio Divino lo aplicamos en nuestra vida. Hoy nos dice que para llevar frutos maduros, tenemos que privilegiar a Dios.

También nos dice que no utilicemos la ayuda de Dios únicamente para cuestiones materiales. Dios no nos fuerza, Él se ofrece. Pero no borremos a Dios de nuestra vida nunca y mucho menos cuando alguna cosa material no sale. Cada cosa que tenemos que afrontar en la vida, cualquiera sea, Dios la conoce. Y antes se la hemos pedido. Y Jesús dijo: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré” (Jn 14:13-14). Entonces no olvidemos de pedir en el nombre nuestro Señor Jesucristo, no vaya a ser que lo pedimos por nuestra cuenta y la oración no llegue al techo... Pero no le echemos la culpa, porque a veces nos enojamos y lo primero que borramos de nuestra vida es a Dios. Cuando en realidad a veces lo primero que tenemos que borrar son ciertas conductas. ¿Les enseñamos a nuestros hijos, a nuestros nietos, a amar a Dios? ¿Cuándo los miramos, cuándo les hablamos, cuándo les preguntamos cómo les fue en el colegio? ¿Cuándo vamos a jugar con ellos?

Dice luego el Apóstol Mayor que en el curso de los años a veces vemos las imperfecciones de los otros. A veces esto pasa también en la Obra de Dios. Vamos viendo las imperfecciones de los siervos, que las tenemos y muchas, de los hermanos y las hermanas. Entonces, siguiendo los afanes, riquezas y placeres de este mundo, decimos: tiene muchas imperfecciones. No voy más. Borro a Dios de mi vida. Pero estas cosas que pasan ya pasaron, porque en el tiempo de Jesús muchos de los que lo seguían se escandalizaban porque él se juntaba con los que nadie se juntaba.

Esos frutos maduros también tienen que ver con la obediencia. Jesús nos pide a todos lo mismo. Para lograr su agrado y bendición, no nos da a cada uno un modelo distinto. Dios nos da a todos aquello que podemos hacer porque Él conoce qué es lo que podemos hacer. Y nunca nos pide más de lo que podemos hacer. Los que tenemos dudas respecto de nuestras posibilidades somos nosotros. Nos cansamos, decimos “no puedo más” o “no quiero más” o “me voy”. Andar en el seguimiento implica tener paciencia, perseverar. Pero una cosa tenemos que saber: no deberíamos irnos de la Iglesia, de delante del altar, de la Santa Cena, porque estos son los vínculos que colocó el amado Dios, para que pudiéramos crecer y madurar. El ejercicio que tenemos que hacer con la palabra es esperarla, pedirla, buscarla. Dios es el que contesta.



Y no quisiéramos madurar artificialmente. A veces para la exportación las frutas se cortan verdes, no se pueden comer, pero luego artificialmente con gas etileno y con calor se les acelera el proceso. Como hijos de Dios, el Padre no nos va a cortar antes y nosotros tampoco nos salgamos antes del árbol del cual estamos tomados, con la esperanza de que vamos a madurar afuera y después vamos a volver espiritualmente maduros. Fuera de la Iglesia, fuera de la palabra. Quizá se pueda encontrar otro desarrollo, pero no el necesario para alcanzar la gloria de Dios ni esa morada que Jesús está preparando. Esa es la verdadera bendición de Dios: poder tener comunión eterna con nuestro Padre celestial.

Otro de los frutos espirituales es el reconocimiento: del Señor, de la palabra, del Sacramento, de los enviados de Dios, reconocer a mi hermano y hermana, pero también tiene que ver con entender, con poder vincular la palabra con lo que a mí me pasa. Reconocer lo que Dios nos da. Y reconocer que lo que Dios nos ofrece es lo único que vale la pena tener.

Y otro fruto maduro es el amor. Cristo dio su vida por nosotros. Pero no es que amamos a Dios y con mi hermano o hermana, con mi prójimo, tengo alguna reserva. Y no tiene que ser una cuestión forzada sino con lo que podemos entender y reconocer a partir del oír de la palabra.

Por último, nada toma a Dios por sorpresa. Y Él no es indiferente a nosotros. Coloca la fuerza por la palabra y por el Sacramento.

\* \* \*